

patrono de la comunidad, una especie de madre de la tribu que no entiende, al decir de los indios, otra lengua que el cora. Los santos de los cristianos entienden el cora, el español y el francés; pero la Virgen María de Guadalupe entiende todas las lenguas indígenas.

Dejando á los principales preparándose para la danza, mi amigo y yo fuimos al día siguiente temprano á ver una cueva sagrada donde los huicholes celebran su culto, situada en el mismo cerro, fuera del territorio de la tribu. Había gran número de grutas y cavidades entre las piedras por donde caminábamos saltando de una en otra. Cerca de la orilla inferior de aquella acumulación de piedras, noté en el fondo de negros y profundos escondrijos saetas ceremoniales dejadas por los piadosos peregrinos de allende el límite oriental de la tierra cora. Llegamos á poco á una cueva donde para entrar había que descender, lo que era factible con ayuda de un palo ó de una cuerda. Me encontré dentro de uno de los antiguos adoratorios de los huicholes, en la cueva de su diosa de las Nubes Occidentales. La gruta no era grande, pero los muchos y singulares objetos rituales, de todas formas y colores, acumulados en ella, me produjeron una extraña impresión. Había gran número de flechas sagradas, muchas con diminutos lazos, á efecto de implorar buena suerte en la caza del venado; así como jícaras votivas, ojos de dioses y muchos otros objetos suplicatorios. En un rincón se veían cabezas de venado amontonadas con el mismo propósito. Al entrar mi compañero, desapareció una rata en la sombra crepuscular de la cueva.

Pretendí tomar algunas muestras de tales artículos, pero me suplicó aquél que no lo hiciera para no impedir á las pobres gentes que habían llevado sus ofrendas, recibir los beneficios que esperaban. No se opuso, sin embargo, á que tomase yo un pequeño tejido rectangular adornado de figuras de hermosos colores. "Es una rodela, me

dijo;—los huicholes no hacen nada bueno con esas cosas, pues las colocan en los caminos que conducen fuera de su territorio, para impedir que nos venga la lluvia, y les pintan

leones y otros animales feroces para asustar á la lluvia y hacerla que se devuelva.”

Á nuestro regreso al patio de la danza, encontré al individuo que había recibido la comisión de hacer el ojo sagrado, tendido casi exhausto en una pequeña cueva, por haber ayunado muchos días. El amuleto ya casi estaba concluído después de varios encantamientos. Era muy bonito, de color blanco y azul, y tenía un copo de algodón sujeto en cada esquina; pero había perdido su eficacia respecto á mí por el hecho de no haber estado sentado junto al hombre que lo hacía, implorando lo que deseaba, condición necesaria si se pretende que la Estrella de la Mañana entienda claramente lo que el solicitante necesita.

En el altar junto al tecomate sagrado de la comunidad, se había puesto comida y muchos objetos rituales sin omitir las cinco mazorcas de siembra que se emplean á fin de que se logre cosechar el maíz requerido para las fiestas. Inmediatamente delante del altar, había en el suelo cuatro haces de hermosas plumas de cotorra.

Había enfrente, en el lado occidental del patio, otro altar más pequeño donde se había puesto, en vasijas de barro, pinole hervido, tortillas y una canasta de cerezas ó



Ojo sagrado cora, hecho en solicitud de salud y vida. Longitud, 80 cm.

capulines, todo para los muertos, pues si no se les satisfacía, perturbarían la fiesta. Después se tira el pinole, pero se come lo demás.

Llegó á poco el sacerdote ayunador y ocupó su puesto frente al altar principal, donde estuvo dirigiendo la palabra á los dioses durante media hora. Frente á él, se había clavado el ojo recientemente hecho; á su izquierda estaba en pie la muchachita, teniendo detrás á la vieja que la cuidaba y á un hombre que estaba fumando. Dos jóvenes, situados respectivamente á la derecha y á la izquierda, hallábanse provistos de palos para despertar á los que se durmieran en la noche mientras tenía lugar la danza.

El sacerdote imploró á la Estrella de la Mañana, le ofreció las mazorcas que iban á servir para la siembra y le suplicó que las hiciera buenas para la plantación, pues los dioses saben mejor que nadie hacer fructificar los granos porque les pertenecen. “Y en cuanto á este hombre, agregó refiriéndose á mí, todos vosotros lo conocíais antes de que saliera de su país. Á nosotros nos parece bueno, pero sólo vosotros conocéis su corazón. Vosotros le dais el ojo sagrado que ha pedido.”

Poco después de oscurecer, comenzó el cantador á tocar un prelude en el arco musical que los coras siempre adhieren con pegadura en el bule, uniendo las dos partes para formar un instrumento. Colócase el guaje sobre una pequeña excavación hecha en el suelo para aumentar la resonancia. El cantor invoca á la Estrella Matutina para que baje acompañada de sus hermanos las demás estrellas, trayendo sus pipas y sus plumas, y bailando con las nubes que despiden al fumar. Ruégase también al Lucero de la Mañana que invite á los siete principales *tácuats* á que acudan con sus plumas y pipas.

Los coras bailan como los tepehuanes y los aztecas, pero con paso más veloz, y cada vez que pasan frente al altar, se vuelven con rapidez á él por dos veces. La vieja y la

pequeñuela bailaban á intervalos regulares, fumando la primera una pipa. La niña estaba adornada con plumas de loro en la frente y un penacho de plumas de urraca, que le salía por detrás de la cabeza. Á media noche dio cinco vueltas de danza, llevando una jícara de buen tamaño, con agua de un arroyo cercano que nace de la laguna santa.

Cantaba bien el sacerdote, pero el baile carecía de animación, pues eran pocos los que tomaban parte. Cuando la muchachita comenzó á bailar con su abuela, me senté en el pequeño reborde de una piedra, no lejos del músico. Al punto detúvose éste de tocar, cesó la danza, y con voz

SON DE MITOTE CORA, DE SANTA TERESA.



casi áspera y en extremo excitada, me gritó: “¡Venga á sentarse acá, señor!” Estaba evidentemente ansioso de que me quitara de aquel filo, y me ofreció mucho mejor acomodo en una de las piedras colocadas para las personas principales: ¡me había sentado inadvertidamente en un *tácuat*! Aquella roca sagrada tenía un hueco natural que, en opinión de los indios, es su tecomate votivo, y donde ponen pinole y otros comestibles. Mi amigo me dijo al otro día: “Nunca se había sentado nadie allí.”

Más tarde, cuando hubo una pausa en la ceremonia, advertí que todos los hombres, en unión del sacerdote que cantaba, se reunían en una esquina del patio, sentándose en el suelo, donde se pusieron á deliberar acerca de los

cráneos que les había pedido. Uno de los principales les dijo que en un sueño le habían aconsejado la noche anterior, que no negara al “Señor” nada de lo que pidiera, porque necesitaba una “cabeza” y no quería irse sin ella. “Ustedes son ignorantes, y él viene aquí sabiendo mucho,” le habían dicho en su sueño.

Todos se alarmaron, especialmente el que con más empeño se había opuesto á que se atendiera mi solicitud, y acabaron por convenir que lo mejor era darle al blanco lo que quería. Aun llegó el gobernador á interrogar á la asamblea si no sería lo mejor dejarme tomar las calaveras por la mañana temprano, juntamente con las demás cosas que deseaba, ó si habría que hacerlo á otra hora. Mi amigo el adivino propuso diplomáticamente que se me dejase á mí fijar el tiempo.

Obtuve por la mañana el ojo sagrado, así como una espléndida muestra de arco musical, provisto de su guaje, palillos, etc., todo lo cual fue sacado de una cueva cercana. Había otra próxima adonde acostumbran ir los hombres principales á pedir al Sol, á la Luna y á todos los demás *tácuats*, permiso para sus fiestas.

Concluyó la ceremonia del modo habitual aquella mañana; se sahumó con tabaco el grano para la siembra puesto sobre el altar, y se roció todo lo que en éste había, incluso el arco sagrado y las flores, con agua lustral que regaban también, con una orquídea roja, sobre la cabeza de todos los presentes, para procurarles salud y felicidad. Esto se hace en nombre del Lucero de la Mañana, que esparce agua bendita sobre toda la tierra, y sobre el maíz y las frutas que comen los coras. Todos, hasta los niños, se llevan las flores á su casa, y las ponen en las grietas de la pared donde quedan hasta que la mano del tiempo las remueve.

La gente de Santa Teresa y de San Francisco, en ciertas fiestas pluviales, hacen con una pasta de maíz y frijoles

molidos una gran cigarra (*chicharra*), que ponen sobre el altar y reparten, cuando se ha acabado de bailar el mitote, entre los que han tomado parte en la ceremonia. Cada quien se come su parte, lo que se considera más eficaz que la danza misma.

Es evidente que las costumbres religiosas de los que habitan en el cañón de Jesús María van decayendo á causa, principalmente, de que cada día son más escasos los adivinos cantores, pero los curanderos tardarán todavía mucho tiempo en desaparecer. Como ahora tienen los indios que celebrar sus danzas secretamente, la nueva generación siente menos gusto por ellas y apenas se le presenta oportunidad de aprenderlas, con lo que se irán perdiendo poco á poco los cantos rituales y simbólicos de la tribu.

Mi amigo de San Francisco se quejaba conmigo de que los otros adivinos no supieran bastante bien las palabras de las canciones, y me decía que como Tayop (el Padre Sol) y los demás dioses no les entendían, nada podían conseguir de "los señores," pues era tanto como enviarles una carta mal escrita: "los señores" se la pasarían de mano en mano, y ninguno la podría leer.

Entretanto, mis esfuerzos por adquirir ejemplares antropológicos eran más laboriosos que fructíferos, porque no lograba encontrar quien me quisiera indicar donde podía hallarlos. Para colmo de males, hubo otro individuo que inoportunamente fue á soñar que ya tenía yo bastantes "cabezas," en virtud de lo cual no se me permitió buscar más; pero inconforme con las pocas reunidas, desde antes andaba en arreglos con un cora para que me condujera á un osario que él conocía, y después de muchas demoras que me dio, logré persuadirlo á que me acompañara.

Caminamos quince millas en dirección de Santa Teresa por una región abrupta y muy escasamente habitada. Bien á bien, sólo pasé por tres ranchos abandonados, y cerca

de uno de ellos maté un lagarto crustáceo (*Gila monster*),* que allí había hecho su guarida. Tenía aire de antigüedad el paisaje entero. Como media legua antes de llegar á las cuevas que buscábamos, di con una fortificación bastante extensa, advirtiendo de paso buen número de trincheras en un arroyo; y corría por la orilla de una alta meseta una pared de piedras sueltas. La mesa, cuyas dimensiones eran 300 por 200 pies, constituía una fortaleza natural de difícil acceso, á no ser por un punto de donde partía hacia ella un estrecho cordón, á manera de istmo. Sin embargo, no vi rastro de antiguas habitaciones.

En ese remotó valle á donde mi guía me llevó, había dos cuevas juntas, de poco fondo. En la mayor, de ocho pies de profundidad y doce de anchura, encontré nueve cráneos; en la otra sólo algunos huesos, y advertí señales de particiones, formadas con piedras verticales, entre los esqueletos. Los cuerpos debieron de ser enterrados en parte, con la cabeza levantada, en espacios de un pie cuadrado.

Iba á oscurecer, y necesitaba volver esa noche á mi campamento. Se me cansó la mula en el regreso, por lo que tuve que hacer á pie la última parte del camino. Me refresqué tomando unos zapotes, fruta nativa de México, que precisamente estaba entonces en sazón, cuyo aroma participa de los de la pera y la fresa, y cuyo sabor es delicioso, recién cortada, pues cuando se desprende de la rama y queda un rato en el suelo, no tardan en infestarla los insectos.

Contra lo que suponía, cuando estuve dispuesto á salir del pueblo me fue en extremo difícil conseguir mozos. Como los coras de la localidad no entienden de mulas,

* El *Gila monster* de que habla el autor es el *Holoderma suspectum*; pero entiendo que debe referirse aquí al *Holoderma horridum*, que es el que más bien parece existir en esas regiones. Por esto, pues, se ha traducido "lagarto crustáceo."—Nota del Traductor.

tuve que recurrir á los mexicanos del valle, pero éstos, mal prevenidos por las insinuaciones del padre, no querían tratos conmigo y aun evitaban todo roce con los individuos que habían visto en mi compañía. Un hombre que sostenía algún tráfico con los huicholes, más atrevido que los otros, declaró que le serviría al mismo diablo si le pagaba, y procuró reunir los hombres necesarios, pero sin éxito. Acabó por decirme que estaba arruinando su reputación, pues hasta su compadre (el padrino de su hijo) le huía desde que supo sus relaciones conmigo. Mi situación llegó á ser tan desesperada, que me vi obligado á escribir al Obispo de Tepic exponiéndole el caso. Le manifesté que el eclesiástico, sin haberme visto siquiera, me había puesto en desfavorable opinión entre los indios, marchándose en seguida, con lo que me había impedido toda oportunidad de convencerlo de lo erróneo de su juicio; y que á no ser por las importantes recomendaciones que llevaba del Gobierno y del Jefe Político del Territorio, me sería imposible continuar allí sin gran riesgo.

Esperar la respuesta me hubiera hecho perder demasiado tiempo. Afortunadamente di con tres temerarios, recién establecidos en el valle, que quisieron acompañarme, quienes, unidos al individuo ya mencionado y á un cora, me pusieron en posibilidad de partir. Salí, pues, del bonito pueblo de San Francisco y de entre aquellos buenos indios que habían creído en mí á pesar de todas las iniquidades que me habían estado atribuyendo los mexicanos de las cercanías. Los coras son la única raza primitiva que he visto haya adquirido las buenas cualidades de los blancos y ninguno de sus defectos.

La ardorosa mañana de junio en que hube finalmente de marcharme, fue acompañándome el alcalde como por espacio de dos millas. Comenzamos á ascender el declive de las montañas que forman el término occidental del territorio de los huicholes, que entre los mexicanos sólo

se reputa accesible por cuatro puntos. La mañana siguiente, al estar cargando las mulas, llegó corriendo el padre de uno de mis arrieros mexicanos con un recado que parecía muy alarmante: la víspera, inmediatamente que había salido de San Francisco, el agente de la autoridad mexicana de Jesús María había llegado á decirme que los huicholes se habían levantado en armas y estaban resueltos á no dejarme entrar en sus pueblos. El mensajero encareció á mis hombres la necesidad de que se volvieran, rogándoles que no fuesen á exponerse á peligros por acompañarme, y el fletero principal se me presentó luego con aquellas noticias que al momento declaré falsas. Los arrieros, no obstante mi dicho, dejaron de cargar y propusieron que nos volviésemos, alegando que los huicholes á más de ser malos y asesinos, eran muchos y nos matarían á todos.

¿Qué iba yo á hacer? Desistirme de visitar una tribu cuyo estudio constituía mi propósito principal, no había ni que pensarlo; aun retardar el viaje hubiera sido imposible, por estar ya muy cercanas las aguas, durante las cuales varios meses no se puede viajar. Me esforcé en hacer entrar en razón á mis hombres y tranquilizarlos hablándoles de la grande experiencia que había adquirido con todos los indios en general, y apelé asimismo á su valor y varonil orgullo, diciéndoles: “¿No tenemos cinco rifles? ¿No puede cada uno de ustedes hacer frente á cincuenta indios?” Aun se mostraban indecisos é inclinados á abandonarme, cuando exclamó el cocinero resueltamente: “¡Vamos, vamos!” Á esta voz, comenzaron á cargar de nuevo y logré conservar mi gente.

El verdadero peligro para mí estaba en los malos rumores esparcidos por los mexicanos, que tenían recelosos á los blancos; en cuanto á los indios, aunque no siguen los razonamientos de sus “vecinos,” suponían, sin duda, que un blanco, tan temido aun de los mexicanos, debía de ser terrible. El motivo que me había inducido á escoger ese

camino, era que un amigo mío de Guadalajara me había dado una carta de recomendación para un mestizo, conocido suyo, que actuaba como escribano en el pueblo de San Andrés Coamiata. Me habían dicho que el mencionado individuo se hallaba temporalmente ausente, en cuyo caso quedaría yo á merced de indios desconocidos.

Lo aventurado del proyecto me hizo considerar que quizás sería preferible dar un gran rodeo por la ciudad de Mezquitic para pedir ayuda á las autoridades, y entrar en el territorio huichol por el oriente, pasando por Santa Catarina; pero á este plan se opusieron mis arrieros diciéndome que no podrían estar de regreso antes de las aguas para atender á sus siembras. Me arriesgué finalmente á dirigirme á San Andrés, con la intención de volverme por Mezquitic en caso de no encontrar á Don Zeferino. Dos días después, tras una laboriosa subida, mandé á mi fletero principal que se adelantara á San Andrés, todavía á ocho millas de distancia. ¡Cuán montañosa la región que nos rodeaba! Sobrábale razón al padre jesuíta Ortega, cuando dijo de la Sierra del Nayar: “. . . Es tan sañuda y horrorosa á la vista, que aun más que á las aljavas de sus defensores tan guerreros asustó á los principios los alientos de sus conquistadores; porque no solo parecen sus quiebras inaccesibles á los pasos, pero aun á los ojos embarazan su dilatada esfera los empinados cerros y picachos, que se encumbran de suerte, que no es posible andar por aquel terreno, sin que, ó lo quebrado del camino maltrate las caballerías, ó lo precipitado de las laderas asuste á los ginetes.”

Volvió mi mensajero á los dos días, diciéndome que Don Zeferino estaba en su casa y se ponía á mi disposición. Entretanto había comenzado á llover; mis hombres se mostraban ansiosos por volverse á su valle, y yo me dirigí á San Andrés.

FIN DEL TOMO I.

PLANCHA I.

PLATE I.

